

# El jardín de medianoche

PHILIPPA PEARCE

Traducción del inglés  
de Amalia Bermejo  
y Félix Marcos Bermejo

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Este libro sólo puede ser comercializado y distribuido en España

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Tom's Midnight Garden*

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Oxford University Press 1958

*El jardín de medianoche* fue publicado originalmente en inglés en 1958.

Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press

© De la traducción, Amalia Bermejo y Félix Marcos Bermejo

© De la ilustración de cubierta, Gabriel Pacheco

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[siruela@siruela.com](mailto:siruela@siruela.com) [www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-9841-525-4

Depósito legal: M-206-2011

Impreso en Rigormagráfico

Printed and made in Spain

Papel 100 % procedente de bosques bien gestionados

## EXILIO

Si, cuando se quedó solo, de pie en el umbral de la puerta trasera, Tom se hubiera permitido llorar, habría llorado lágrimas de rabia. Lanzó una mirada de despedida al jardín, furioso por tener que dejarlo, al jardín y a Peter. Aquellas vacaciones habían planeado pasar allí ratos muy divertidos.

Los jardines de la ciudad son pequeños, por regla general, y el de los Long no era una excepción; tenía un trozo sembrado de hortalizas y otro de hierba, un macizo de flores y una parcela sin cultivar cerca de la valla trasera. En esta última crecía el manzano: era grande, pero daba muy poca fruta y, por lo tanto, a los dos chicos siempre les habían dejado trepar libremente a él. Esas vacaciones habrían construido una cabaña entre sus ramas.

Tom observó detenidamente, luego se dio la vuelta y entró en la casa. Al pasar junto al pie de la escalera gritó:

—¡Adiós, Peter!

Pero sólo obtuvo un gruñido como respuesta.

Salió a la puerta principal, donde su madre esperaba con la maleta. Alargó una mano para cogerla, pero la señora Long se aferró a ella, reclamando primero la atención del niño.

–Entiéndelo, Tom –dijo–. Tampoco a nosotros nos hace ninguna gracia que te vayas tan precipitadamente para evitar que cojas el sarampión. Tu padre y yo te echaremos de menos, y también Peter. Además, Peter no lo está pasando bien con el sarampión.

–Yo no he dicho que vayáis a pasarlo bien sin mí –replicó Tom–. Lo que he dicho es que...

–¡Ssshh! –susurró su madre, mirando por encima de él hacia la calle y hacia el coche que aguardaba con un hombre al volante. Le entregó a Tom la maleta y luego se inclinó para subirle la corbata, de manera que ésta tapase el botón del cuello de la camisa–. Tom, cariño –añadió, en un intento de prepararlo para las semanas que tenía por delante–, recuerda que serás una visita e intenta..., bueno, ¿cómo lo diría?, intenta ser bueno.

Le dio un beso y un empujoncito de despedida hacia el coche y después lo siguió hasta él. Mientras Tom subía, la mirada de la señora Long se dirigió al conductor:

–Dale recuerdos a Gwen –dijo– y, Alan, dile lo mucho que agradecemos que os llevéis a Tom habiendo avisado con tan poca antelación. Sois muy amables, ¿no es así, Tom?

–Muy amables –repitió Tom amargamente.

–Cuando alguien se pone enfermo, la casa se nos queda pequeña –se explicó la señora Long.

–Nos encanta poder ayudar –dijo Alan, encendiendo el motor.

Tom bajó la ventanilla más cercana a su madre.

–Adiós, entonces.

–¡Oh, Tom! –repuso ella con labios temblorosos–. ¡Siento estropearte así el principio de tus vacaciones de verano!

El coche comenzó a alejarse y el niño tuvo que gritar:

–¡Preferiría pasar el sarampión con Peter, lo preferiría!

Tom, enfadado, dijo adiós con una mano a su madre y luego, sin pensar en los demás, se despidió de una cara inflamada que se aplastaba contra la ventana de una habitación. La señora Long miró hacia arriba para ver qué había allí, levantó las manos en un gesto de desesperación y corrió adentro: se suponía que Peter tenía que guardar cama.

Tom subió la ventanilla del coche y se arrellanó en su asiento, guardando un silencio hostil. Su tío carraspeó y dijo:

–Bueno, espero que nos llevemos razonablemente bien.

No se trataba de una pregunta, así que Tom no contestó.

Sabía que se estaba comportando como un maleducado, pero se excusó a sí mismo: el tío Alan no le gustaba demasiado y no quería que acabara cayéndole bien. Habría preferido que fuera un tío bruto. «Si al menos me pegase», pensó Tom, «podría volver corriendo a casa, y mamá y papá me dirían que he

hecho bien, a pesar de la cuarentena por el sarampión. Pero él nunca me pegaría, lo sé; y la tía Gwen todavía es peor, porque le encantan los niños y es amable. Encerrado durante varias semanas con el tío Alan y la tía Gwen en un apartamentucho...». Nunca los había visitado antes, pero sabía que vivían en un piso sin jardín.

Viajaron en silencio. La ruta los condujo a través de Ely; pero sólo pararon para que Alan Kitson comprase una postal de la torre de la catedral. Era para Tom. Tom se llevó una amarga decepción porque su tío no le permitió subir a la torre y le advirtió con bastante sensatez que eso ni se discutía: estaba en cuarentena por el sarampión. No debía acercarse a Peter para no coger el sarampión, pero tampoco debía acercarse a otras personas porque podía haberlo cogido ya. Afortunadamente, los Kitson ya habían pasado la enfermedad.

Atravesaron Ely y los pantanos, y luego Castleford y más allá, hasta llegar donde vivían los Kitson, a un caserón reconvertido en apartamentos. El edificio estaba rodeado de montones de casas, nuevas y más pequeñas, que llegaban a sus mismos límites como un mar de miradores, tejadillos y torretas que rompiera en sus orillas. La suya era la única casa grande entre ellas: rectangular, sencilla, solemne.

Alan Kitson tocó el claxon y giró hacia el camino de entrada, aunque era demasiado corto para llamarlo camino.

—La casa tuvo más terreno, creo, hasta que se construyó enfrente y tuvieron que ensanchar también la calle.